

SÓLO LA LUZ DE las estrellas aporta una nota de luminosidad al negro cielo sin luna de esa noche de otoño. El capitán Henry Baltimore aferra con fuerza el fusil y observa fijamente el oscuro abismo del campo de batalla. En el fondo de su corazón sabe que esas tierras son las cámaras de tormento del mismísimo infierno y que la condenación los aguarda unos pocos pasos más adelante.

Hinca una rodilla en el suelo y aguza el oído, mas únicamente logra escuchar el silbido del viento otoñal que esparce por doquier la fetidez de la muerte y la putrefacción. El oficial hace señas a sus hombres y les ordena seguirle a la oscuridad antes de pegarse al suelo y avanzar en cuclillas hacia un altozano: tal vez sea un montículo devastado por la guerra o... quizá una pila de cadáveres.

Baltimore vuelve a apoyarse sobre la rodilla detrás del terraplén, que resulta ser un simple montón de tierra acumulada, mientras se excava una trinchera. Ese descubrimiento no tranquiliza demasiado al capitán, salvo por el hecho de que ese parapeto de tierra va a protegerlos mejor que si se tratara de cadáveres: las balas atraviesan con más facilidad la carne en descomposición que la tierra apelmazada.



Únicamente un loco intentaría cruzar en una noche cerrada la desolada tierra de nadie que separaba su batallón de las filas de los hesianos. Los bombardeos han castigado severamente la llanura, alfombrada por cientos de soldados desperdigados y surcada por trincheras hediondas y enlodadas. Alambradas de púas recorren la zona como serpientes sinuosas.

Aun así, ahí están, los locos. El comandante del batallón ha decidido que alguien debe atravesar aquella planicie maldita y llevar la lucha a las posiciones del enemigo. La desesperación dicta semejante resolución: van a pasarlas canutas al amanecer como los hombres o los dioses no provoquen un drástico giro del destino.

La misión había recaído sobre el capitán Baltimore...

... que había llevado a su pelotón lejos de la seguridad del campamento del batallón y los había conducido a través de un bosque que ahora se le antoja demasiado lejano antes de adentrarse cincuenta metros en la tierra de nadie. Debían cubrir el cuádruple de esa distancia antes de alcanzar algún refugio mínimamente decente. Los hesianos habían acampado en los densos bosques del otro extremo del campo de batalla.

Baltimore se halla en el borde del mundo, y es consciente de ello. ¿Qué otra cosa podría explicar el espanto que le repta por las tripas y le pone el corazón en un puño? Está convencido de hallarse en el umbral del infierno, pues se ve incapaz de imaginar otro sitio más lejano al hogar, la familia y las comodidades. Aun así, ésa es la naturaleza de la guerra: convertirse en soldado, derramar sangre, despojar a las almas de sus cuerpos en el nombre de Dios o de la patria. Todo eso implica viajar muy lejos de casa, tanto que ésta se convierte en un lugar tan lejano y preciado como la inocencia.

El capitán anhela ambos con locura incluso cuando comprende, ahí y ahora, que él ya los ha perdido para siempre.

De niño se quedaba en casa los días de lluvia y jugaba en su habitación con los soldaditos de plomo. Los enfrentaba unos contra otros como si militaran en ejércitos enemigos y los obligaba a morir en el campo de batalla de su alfombra, pero los soldaditos de plomo no derraman sangre y vuelven sanos y salvos a la caja, indemnes para librar otra guerra.

Los soldados de carne y hueso también acaban en una caja, pero de pino recio. Baltimore ha visto sangrar a demasiados combatientes antes de que sus restos acaben en el interior de un féretro. Ahora el miedo le fluye por las venas en tal cantidad que le dificulta los movimientos. La muerte le aguarda en aquellas tierras desoladas y no tiene el menor deseo de reunirse con ella.

Logra respirar a duras penas y le duele hasta el tuétano, más a causa del pavor y la tristeza que del frío viento de noviembre.

Alza una mano y hace señas a sus hombres, primero a los de la izquierda y luego a los de la derecha. Ellos mantienen la formación en dos líneas mientras corren a toda prisa hasta llegar a la altura de su oficial y flanquear su posición por ambos



lados. Efectúan el movimiento con tanto sigilo que perturban el silencio de la noche menos de lo que lo habría hecho un susurro, y a pesar de eso, a él le ha parecido un ruido demasiado audible. Ha podido oír las suaves pisadas de botas mientras se aproximaban aquellos hombres hoscos y hastiados de matar, cuyos roncros gruñidos reverberan ahora en sus pechos.

En la oscuridad toman forma las siluetas rematadas por cascos planos de acero con visera a modo de ala, todas con los fusiles en ristre. El más cercano a él es el sargento Tomlin, que acuna su rifle como si fuera un recién nacido.

Las nubes hinchidas pueblan el cielo nocturno y pasan a escasa altura, por lo cual apenas puede filtrarse un atisbo de la luz del firmamento. Los ojos de Tomlin destellan en la negrura y el capitán ve la urgencia en las facciones de su subordinado ahora que se encuentra cerca, mas él retrasa la orden, pues tiene la carne de gallina y el corazón le late desbocado, con tanta fuerza que le duele el pecho. Baltimore jamás ha sido un cobarde y, aun así, ahora vacila, ahora, en el peor momento concebible para dejar margen a la duda...

... pero no tiene alternativa, de modo que asiente, alza una mano y vuelve a impartir órdenes mediante gestos.

Figuras ebúrneas salen al descubierto y cruzan el campo. Baltimore y su sargento se separan para rodear el montículo de tierra, pero incluso a esa distancia el sargento es poco más que el atisbo oscuro de una sombra fugaz. El capitán aferra el fusil con tanta fuerza que le duelen los dedos, y las piernas se le mueven por iniciativa propia, o eso parece, obligándole a atravesar la



tierra removida. Está en un tris de caerse cuando tropieza con el cadáver de un soldado, cuyo cuerpo está tan carbonizado que resulta imposible dilucidar si fue amigo o enemigo. El semblante del difunto ha adquirido una lividez tal que parece hecho con cera.

—Dios de mi vida —susurra él en medio de la noche.

Tomlin pasa a todo correr por la izquierda a fin de reunirse con su destacamento mientras Baltimore ha de hacer un gran esfuerzo para dejar de mirar al muerto y unirse con el grupo de la derecha. Pueden oírse gruñidos apagados y el susurro de los uniformes de lino y algodón desde la posición donde se congregan los hombres de Tomlin, pero enseguida la noche los engulle a todos.

Baltimore se acuclilla y se adentra a hurtadillas por el maltrecho terreno mientras sus hombres van dejándose caer a su lado. El capitán alza una mano a fin de que se detengan al tiempo que busca a su alrededor con la mirada al cabo Norwich, y le localiza enseguida, muy cerca de su posición, a él y sus alicates para cortar la alambrada, cuyos brazos encorvados sobresalen del macuto del cabo.

Los componentes del grupo llegan de uno en uno a la alambrada, un caótico revoltijo de alambres enmarañados cuyos postes alcanzan la altura de un hombre. Baltimore fija una rodilla en tierra y señala con el dedo al cabo. Éste confía su arma a un soldado raso cercano, extrae los alicates del macuto antes de ponerse a trabajar con rapidez y corta el alambre de púas con todo el sigilo posible. Más lejos, el destacamento de Tomlin va a hacer exactamente lo mismo.



Baltimore se incorpora y entorna los ojos para escudriñar la cortina de oscuridad que cubre el extremo opuesto del campo de batalla. Los árboles más próximos al campo descubierto son líneas de sombra recortadas contra la negrura más intensa del bosque.

Mira de nuevo al cabo: Norwich ha cortado la mitad del metro ochenta de la maraña de alambres, que penden vueltos hacia atrás, como la carne de los bordes de una herida, allí donde el suboficial ha concluido su trabajo.

El cabo tijeretea un alambre, éste sale despedido al ser cortado y le golpea la mejilla, rasgándole piel y carne. Norwich profiere un quejido audible y suelta los alicates al tiempo que se lleva una mano al carrillo, pero ni grita ni maldice. Baltimore corre hasta la brecha de la alambreira y hace señales al soldado raso que guarda el rifle del cabo y a otros dos compañeros situados junto a él para que aferren a Norwich por las piernas y tiren de él hasta sacarle de su posición.

El suboficial mantiene los ojos desmesuradamente abiertos a causa del dolor y una rabia bullente y sin dirección. La sangre traza oscuros canales sobre la mejilla y el maxilar inferior, escurriéndose por entre los dedos con los que intenta taponar la herida.

El capitán dedica al herido un asentimiento de aprobación por el esfuerzo realizado para no llamar la atención. Luego, se dirige mediante señas a uno de los soldados rasos que ha colaborado en el rescate del cabo y le ordena retomar el trabajo donde lo ha dejado éste. El soldado vacila durante unos instantes, como si tuviera la esperanza de que la orden fuera para algún otro compañero, y luego se arrastra a regañadientes hacia la alambrada de púas y recoge los alicates.

Una figura silueteada y rellena de trazos grises y negros sale de entre el puñado de soldados a la espera y se acerca despacio. Baltimore le identifica en cuanto se quita el casco: es Stockton, el matasanos. El hombre echa mano a un morral sujeto al hombro con una correa y saca del mismo un pequeño kit de primeros auxilios. Mientras el enjuto soldado raso corta un alambre tras otro para abrir un paso por la alambrada, el médico limpia la herida del semblante de Norwich con suma rapidez y extiende pasta coagulante sobre

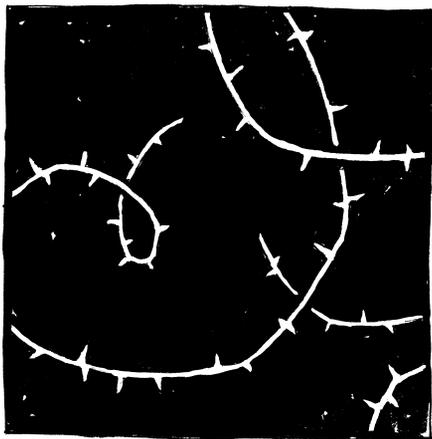
la misma. No puede hacer más en ese momento, pues la posición de la herida dificulta mucho un posible vendaje en el propio campo de batalla.

Stockton echa un último vistazo a la herida, a pesar de que resulta imposible apreciar ningún detalle en la negrura imperante, antes de levantar el pulgar en dirección al capitán Baltimore y regresar a gachas junto a los soldados que esperan la orden de avance. Una silueta oscura de casco alado le devuelve el rifle al doctor.

El soldado delgado sale de la alambrada con movimientos lentos una vez que remata la tarea iniciada por Norwich. Ya disponen de un acceso.

Norwich esboza una ancha sonrisa cuando se incorpora y recupera los alicates, que desliza de vuelta al macuto. Después, él y el soldado raso miran con expectación a su capitán, y éste asiente, ordenándoles avanzar mediante señales. El soldado Macintosh le caza la idea al vuelo y echa a andar. Debe de haberse dirigido a él, no es posible confundir a ese gigantón por ningún otro. El capitán se adentra en la abertura de la maraña de alambres seguido por sus hombres, en fila de a cinco.

Los soldados alargan la fila por el interior de la alambrada en cuanto la cruzan mientras Baltimore se dedica a reconocer el terreno adyacente,



sembrado de hoyos y zanjas. Se levanta un soplido de viento y el oficial se estremece cuando el aire helado se abre paso a través del uniforme y le hiel a hasta el tuétano.

A menos de tres metros de distancia se abre una trinchera similar a una cicatriz en la tierra. La negrura de semejante abertura es tal que la noche parece luminosa en comparación con ella. A su izquierda, el destacamento de Tomlin debe cruzarla en ese preciso momento para luego desplegarse, de forma que el grupo avance junto. La tropa aguarda la señal, como si hubiera otra alternativa que no fuera dejarse caer en la zanja y subir por el otro lado.



Baltimore levanta la mano para dar la orden de avance una vez más.

Una rápida sucesión de tres débiles detonaciones rasga el velo de la noche y a la misma le sigue un silbido que alcanza el cénit cuando tres bengalas estallan encima de la llanura e iluminan por completo el campo de batalla, sobre el cual proyectan una luz blanca lo bastante intensa como para apreciar con todo detalle los cadáveres, las trincheras y los terrones de tierra levantados.

El pelotón se queda acorralado en el espacio de tierra existente entre la alambrada y la trinchera. Se halla completamente expuesto.

El capitán se queda estupefacto. El espanto y el pánico le espesan la sangre hasta convertirla en hielo. Las piernas no le responden, rígidas como las de uno de sus diez preciados soldaditos de plomo, y tampoco los pies, como si los tuviera pegados a la base. Les ha fallado a su país y a los hombres que le seguían. El oficial al mando sigue con la mirada el arco ascendente de las bengalas. Parecen ángeles de las alturas cuando alcanzan su cénit.

Uno de sus soldados profiere una maldición a no más de cinco o diez metros a su derecha. La voz suena tan apagada como si sonara a mil kilómetros de allí. Y daría exactamente lo mismo que todos ellos estuvieran separados por semejante distancia: todos los hombres están solos cuando se acerca la muerte.